

Borges, lector de Unamuno (¿1920-1937?)

ROBIN LEFERE
Université libre de Bruxelles
rlefer@ulb.ac.be
Bruselas – Bélgica

Recibido: 28 de febrero de 2020– Aceptado: 28 de marzo de 2020

Resumen: ¿Qué relaciones personales hubo entre los escritores Jorge Luis Borges y Miguel de Unamuno? ¿En qué medida se leyeron mutuamente y cuándo? Sobre todo: ¿en qué medida y en qué aspectos la lectura crítica de Unamuno por parte de Borges fue fecunda para éste? Son las cuestiones que explora este artículo, que pone de relieve, entre desacuerdos aparentes y continuidades secretas (e inversamente), una impronta unamuniana mucho más significativa de la que se suele considerar (la bibliografía es atípicamente parca, y tiende a limitarse a contrastes temáticos), y llega a formular la hipótesis de que la figura y la obra de Unamuno desempeñaron, a distintos respectos, un doble papel de modelo y de contra-modelo.

Palabras clave: Borges – Unamuno – Crítica literaria – Literatura comparada – Intertextualidad – Estética de la recepción – Autobiografía

Borges, Reader of Unamuno (¿1920-1937?)

Abstract: What kind of personal relationship was there between Jorge Luis Borges and Miguel de Unamuno? To what extent did they read each other and when? Above all: to what extent and in which aspects the critical reading of Unamuno's work was fruitful for Borges? These are the questions explored in the present paper that highlights, amongst apparent discrepancies and secret continuities, a much more significant "unamunian" mark than the one typically considered (bibliography is unusually thin and tends to be limited to thematical contrasts). It also leads to the hypothesis that both Unamuno's figure and work play, in different respects, a double role of model and counter-model.

Keywords: Borges – Unamuno – Literary criticism – Comparative literature – Intertextuality – Aesthetic of Reception – Autobiography

Después de su larga estancia en Ginebra (abril 1914-junio 1918), la familia de Jorge Luis Borges se traslada a Lugano, donde permanece unos meses, y luego, al cabo de un recorrido en tren con varias escapadas por el sur de Francia, llega a Barcelona (a finales de 1918), antes de embarcar para Palma de Mallorca (entre febrero y abril de 1919). En la isla balear estuvieron hasta julio o agosto de 1919; luego, por temporadas más breves, en Sevilla y Madrid, antes de volver a Palma a finales de abril de 1920 (pasando por Ginebra y Barcelona); dejaron la isla diez meses después, el 4 de marzo de 1921, día en que su barco sale de Barcelona.¹ Esto es: J.L. Borges estuvo en España dos años y unos tres meses, entre los diecinueve y los veintiún años, claves en su formación. Es ahí donde “Georgie” inició una vida literaria pública y conoció personalmente a varios escritores (Adriano del Valle y Pedro Garfias, Rafael Cansinos Asséns, Ramón Gómez de la Serna, Guillermo de Torre...); ahí donde publicó, en revistas –principalmente *Grecia*, *Baleares*, *Gran guignol*, *Ultra* y *Cosmópolis*– sus primeros poemas y prosas, sus primeras traducciones (del alemán, del inglés, del francés) y sus primeros manifiestos literarios.² Ahí también donde intentó publicar sus primeros libros (uno de ensayos y otro de poemas),³ que al quedar inéditos finalmente destruyó. En suma, es ahí donde empezó a afirmarse como autor y crítico, incluso como polemista.

Ahora bien, Borges no estuvo en contacto con las figuras literarias de primerísimo plano, en particular los grandes nombres de la llamada “generación de 1898”. No se dio la ocasión, pero tampoco buscó crearla (que se sepa). Miguel de Unamuno –que dominaba la literatura española de la época y era la figura de más prestigio, y sin duda la que más relaciones mantenía con América latina, sobre todo Argentina–⁴ estaba en Salamanca cuando Borges en Madrid y, retrospectivamente, podemos soñar con un encuentro entre ambos (uno que hubiera sido documentado, idealmente con las impresiones de cada uno).⁵ Sin embargo, a principios de 1920, ¿hubiera sentido Borges el deseo de acercarse a Unamuno? De esa famosa generación, ¿qué había leído Georgie? Nos consta que, en agosto de 1919, había frecuentado, por lo menos, textos de Pío Baroja y de Azorín (y prefería netamente al primero),⁶ cabe suponer que también algo de los otros, aunque conviene recordar que, en Ginebra, había leído sobre todo las literaturas en francés y en alemán: debe de ser durante su estancia en España cuando se

¹ Me baso aquí en Marcos Ricardo-Barnatán (1995), Alejandro Vaccaro (1996), Carlos Meneses (1996 y 1999), Edwin Williamson (2006). Ninguno disimula sus dudas acerca de las fechas exactas; de hecho, sus cronologías varían bastante; el único consenso reside en las fechas en que la familia abandona Ginebra y toma el barco de vuelta hacia Buenos Aires. En su “primera década del Borges escritor”, Irma Zangara habla de “un año en Lugano” prescindiendo de fechas y, en realidad, retomando lo que declara Borges en su *Autobiographical Essay* (“Primera década...”, 402). Jean-Pierre Bernès, que no manifiesta dudas, dice que la familia se instala en Mallorca “pour près de dix mois”, hasta el invierno de 1919, y sitúa la vuelta posterior a “début octobre” de 1920 (*Œuvres Complètes*, I, XLIX).

² Para títulos y fechas, consúltense las “Publicaciones en orden cronológico” de la imprescindible *Bibliografía completa* de Nicolás Helft (1997).

³ Respectivamente *Los naipes del tahúr* y *Los ritmos rojos* (o *Los salmos rojos*).

⁴ Véanse Julio César Chaves, *Unamuno y América* (1964) y, el mismo año, Manuel García Blanco, *América y Unamuno* (los dos autores se concertaron y sus libros resultan complementarios), así como la recopilación del *Epistolario americano (1890-1936)* de Unamuno.

⁵ M. García Blanco escribe que “la visita al ‘morabito de Salamanca’, como le llamó Ortega y Gasset, constituía estación obligada” en las “peregrinaciones por España” de los escritores americanos, y menciona los casos de Ricardo Rojas, Luis Ross Mujica y Alfonso Reyes (22). Es cierto que en 1920 Borges recién empezaba a publicar artículos y por accesible que fuera Unamuno...

⁶ Véase “Chronique des lettres espagnoles” (*La Feuille*, Ginebra, agosto de 1919; ahora en *Textos recuperados. 1919-1929*, 17-23), donde Borges destaca a Baroja: mordaz, escéptico, vigoroso, franco, irónico.

puso al día con la literatura española contemporánea. De hecho, es probable que Borges no leyera a Unamuno antes de 1920: en una carta a su amigo Jacobo Sureda, de finales de noviembre de 1920, encontramos una primera referencia fugaz, cuando declara que “Del ingenio solo nos pueden salvar los graves hombres del Norte: Unamuno, Baroja” (*Cartas del fervor*, 182) –lo cual supondría una lectura previa (aún muy reciente), pero, por otra parte, la carta que le dirige a Unamuno en 1923 sitúa este “encuentro” literario más bien en 1921 (“hace dos años me encontré con Ud en la *Vida de don Quijote y Sancho*”)⁷. De manera general, es difícil saber exactamente lo que Borges leyó de Unamuno y cuándo (volveré sobre el tema).

En todo caso, de esto sí que no cabe duda: Unamuno es el escritor de la “generación de 1898” que más, y de forma más duradera, iba a impactar a Borges; y esta relación no se ha valorado lo suficiente.⁸ Se puede abordar desde diversas perspectivas (como el contraste, a partir de un aspecto determinado o a propósito de obras determinadas),⁹ pero la más interesante, me parece, es la que se corresponde con el tema de este dossier: la recepción crítica de Unamuno por Borges, y lo que se puede deducir o inducir de ella. Quisiera sugerir que, si bien Unamuno es una “influencia” entre otras muchas (sabido es que destaca la literatura anglosajona, con Whitman, Stevenson, Chesterton, Kipling, De Quincey, Carlyle... escritores admirados también por el español), ha sido una de las más productivas: Unamuno ha llegado a desempeñar, en ciertos aspectos, un doble papel de modelo y de contra-modelo. Propongo que sigamos la historia (tentativa) y las peripecias de esta recepción.

Antes de 1923

Las primeras referencias a Unamuno se encuentran en la correspondencia de Borges con sus amigos Maurice Abramowicz y Jacobo Sureda; ya hemos visto una de ellas. He aquí las otras dos anteriores a 1923:

- “la Estética de Croce est une dégoûtation de bouquin encyclopédique; mais la préface de l'irréductible Don Miguel de Unamuno est assez bien” (carta a Maurice Abramowicz, 20 de enero de 1921; *Cartas del fervor*, 134);

- “Baroja y Unamuno y Pitín Sureda son de los pocos hombres totales que cuenta el siglo” (carta a Jacobo, alias Pitín, Sureda, abril de 1921; *Cartas del fervor*, 196).

Son apenas tres menciones lacónicas en el espacio de seis meses, que no nos dicen nada acerca de un conocimiento efectivo de la obra de Unamuno. Solo hay una referencia concreta, pero remite al prefacio de una obra ajena. La valoración globalmente positiva puede deberse en parte a la positiva del también vasco Baroja, y a un prejuicio favorable a los “graves hombres del Norte”; en cambio, la calidad de “hombre total” probablemente se le contagia a Baroja a partir de la *figura* de Unamuno. Cabe pensar que el Georgie de 1921 conocía sobre todo a ésta, especialmente a través

⁷ Carta conservada en la Casa-museo Miguel de Unamuno en Salamanca, que aceptó enviarme una copia (gracias especiales al muy profesional y amable Clemente Bernal Pérez).

⁸ En su excelente biografía literaria de 1978, Emir Rodríguez Monegal no considera en absoluto esa relación (las siete menciones del nombre Unamuno son circunstanciales y fugaces). En la crítica posterior, cabe destacar los artículos de Jon Juaristi (1993) y de Manuel Fuentes (2002).

⁹ Véanse el contraste temático –principalmente en torno a los temas del tiempo, de Dios, de la inmortalidad– que hicieron Jaime Barylko (“Entre Borges y Unamuno”, 1969; cortesía de N. Helft), Dolores Koch (“Borges y Unamuno: Convergencias y divergencias”, 1984), Nilo Palenzuela (“Unamuno y Borges: disfraces del tiempo”, 1997) y, más recientemente y en otro formato, la tesis doctoral de Gorka Bilbao Terreros: “Divergencias y convergencias [...] Jorge Luis Borges y Miguel de Unamuno” (2009).

de los testimonios de la familia Sureda.¹⁰ Para todos los letrados (y no solo) resultaba, de hecho, avasalladora: Unamuno era, ya, el escritor completo (novela, ensayo, poesía, teatro, cuento), el destacado crítico, el perfecto filólogo y el humanista, el filósofo, pero también el académico (decano, rector), el intelectual comprometido y valientemente pugnaz. Un hombre, pues, que era casi tanto de acción como de estudio, siempre dispuesto a sacar la pluma cuando había que pelear. Como tal, encarnaba una figura áurea –cervantina (las armas y las letras) y sobre todo quevedesca– de hombre total, que impactaba, y potencial modelo (aun abrumador) para un joven escritor con ganas de imponer su voz en el campo de las ideas y las letras.

El año de *Fervor*

Es en el año 1923 cuando se manifiesta plenamente la importancia de Unamuno para Borges. Nada más publicarse, a principios de julio,¹¹ su primer libro y primer poemario *Fervor de Buenos Aires*, Borges se lo envía desde Buenos Aires, con una dedicatoria autógrafa: “a don Miguel de Unamuno estas metafisiquerías líricas Jorge Luis Borges”.¹² La fórmula distanciada “metafisiquerías líricas” es la *captatio benevolentiae* del discípulo hacia el maestro: tiendo a ser un poeta filósofo, como Ud. pero, claro, salvando las distancias. Ahora bien, al Unamuno poeta ¿en qué medida Borges lo había leído? Tenemos indicaciones contradictorias: sabido es que en el prólogo redactado en 1969 para las *Obras completas* Borges declara que, entre sus demasiados fines, se propuso “remedar ciertas fealdades (que me gustaban) de Miguel de Unamuno” (OC I, 13);¹³ por otra parte, en la ya mencionada (pero muy poco conocida) carta a Unamuno de finales de agosto (o septiembre) de 1923,¹⁴ Borges dice que escribió *Fervor de Buenos Aires* “hace unos meses, en época cuando érame desconocida su obra lírica”.¹⁵ Visto la tonalidad íntima de la carta, y el deseo de establecer una comunicación “de alma a alma”, me parece más confiable que un prólogo escrito cuarenta y seis años después para un público internacional. Por lo tanto, Borges debió de leer la obra lírica – más precisamente *Rosario de sonetos líricos*– después de la escritura de sus propios poemas (incluso, quizás, del prefacio “A quien leyere” de la edición original, donde no se menciona a Unamuno), y antes de dedicar el volumen a Unamuno. Es decir, pocos

¹⁰ En su *Miguel de Unamuno. Biografía* (2009), los Rabaté indican: “En la ‘bendita tierra de Mallorca’, que no conocía aún, [Unamuno] se queda durante un mes. Lo alojan durante diez días en Valldemosa sus amigos Juan Sureda y su esposa Pilar Montaner, ‘excelente pintora’ que reúnen en torno suyo a lo mejor de la intelectualidad de la isla” (versión electrónica Kindle, localización 6391).

¹¹ De nuevo se observan divergencias entre los biógrafos. No sabemos la fecha exacta (además, se trataba de una mera impresión costeada por el padre), pero sí que fue pocos días antes del segundo viaje –repentino– a Europa (la familia salió el 21 de julio).

¹² Debo agradecer otra vez los buenos oficios de C. Bernal Pérez, quien me copió y envió las dedicatorias manuscritas de los libros de Borges hoy presentes en la biblioteca de Unamuno.

¹³ Desde ahora en adelante, cuando cito a Borges, lo hago por las *Obras completas* en cuatro volúmenes y los *Textos recobrados* en tres volúmenes, publicados por Emecé y respectivamente abreviados como OC y TR; salvo, por supuesto, cuando se trata de textos no incluidos en esos siete volúmenes.

¹⁴ Falta el principio de la carta, y por lo tanto la fecha, pero el contenido permite inferir que se escribió pocos meses después de imprimirse *Fervor de Buenos Aires*. Si consideramos, además, que fue probablemente escrita desde el Hotel Bayard en París (la segunda hoja lleva el membrete de este hotel), habría que situarla antes del 15 de septiembre de 1923.

¹⁵ Conviene recordar que, según Vaccaro (que se apoya en el *Autobiographical Essay*), los poemas se escribieron “entre 1921 y 1923, aunque también aparecen algunos textos anteriores, como ‘Llamada’, que había sido publicado en la revista *Grecia* en febrero de 1920 con el título ‘La llama’, escrito en 1919” (*Georgie*, 213).

meses antes de publicar en *Nosotros*, en diciembre de 1923, su artículo “Acerca de Unamuno, poeta”.¹⁶ De la carta se desprende que la lectura del *Rosario de sonetos líricos* le llegó hondo a un Borges que confiesa pasar por momentos de “grande abatimiento espiritual”: “agradece señaladamente”, de manera significativa, “la escritura de Ex-futuro, de la Oración del Ateo, y aquello de ‘Y viviré esperándote, Esperanza’”, declarando “mi constante preocupación con sus versos”.¹⁷

Unamuno no acusó recibo de *Fervor de Buenos Aires*,¹⁸ y ese silencio motivó la carta en cuestión, que representa, pues, un segundo intento de iniciar un diálogo: “Yo celebraría no desmintiera Ud. con silencio las muchas cosas que sus versos me han dicho”. Se percibe una punta de decepción y aun de orgullo herido; está claro que Borges esperaba con ansias una respuesta, preferentemente favorable (idealmente una respuesta privada con permiso de hacerla pública, en Buenos Aires).¹⁹ Aparentemente, esta carta tampoco fue respondida. Unamuno, lector bulímico y cortés, gran grafómano e incluso “epistolómano”, probablemente no había leído aún el ejemplar dedicado de *Fervor de Buenos Aires*. Conviene recordar aquí la situación personal del español: escritor e intelectual siempre metido en una multitud de tareas y proyectos, con un sinfín de compromisos y un número ingente de corresponsales,²⁰ desde 1920 su actividad política es tan intensa como en la época en que defendía a los aliadófilos contra los germanófilos (que, por supuesto, no sabían nada de Alemania);²¹ se trata ahora, principalmente, de su campaña antimonárquica (contra Alfonso XIII y su madre), con muchas peripecias; además, a partir de mitad de septiembre de 1923 Unamuno entró en guerra contra el golpe de estado de Primo de Rivera (con la complicidad del rey).²² En estas condiciones, le faltaba tiempo incluso para contestar a Alfonso Reyes, con

¹⁶ Es cierto que en este artículo, sobre el que volveremos, Borges declara: “Hace bastante tiempo que mi espíritu vive en la apasionada intimidad de sus versos”, pero se trata probablemente de una postura legitimadora (de cara al lectorado porteño).

¹⁷ Borges debía de reconocer su estado anímico del momento en esos poemas que reflejan las angustias y los combates espirituales de Unamuno; esto es: el “abatimiento espiritual” bien podía provenir de una frustración amorosa (episodio de Concepción Guerrero), pero desde luego ésta se había extendido a otras inquietudes existenciales.

¹⁸ A no ser un problema de correos, pero Unamuno se hubiera referido a ello en su carta del 26 de marzo de 1927.

¹⁹ Hubiera sido su primera consagración, y una jugada decisiva para imponerse en el campo literario porteño; es así como Borges pidió a Roberto Giusti (con quien, por cierto, Unamuno mantenía correspondencia), que incluyera en *Nosotros* la reseña de Enrique Díez Canedo que se había publicado en España (cf. Vaccaro, *Georgie*, 216).

²⁰ Unamuno recibía tantas cartas que él mismo elaboró una tipología de sus corresponsales. El primer tipo era definido como “el joven ansioso de confidencia que anhela una palabra de aliento” (Maíz, *Constelaciones unamunianas*, 73) ... exactamente el caso de Borges.

²¹ La crítica de Unamuno –“los más de los españoles que han estudiado en Alemania, como pensionados, y los que sabemos alemán, estamos contra Alemania, mientras que el grueso de nuestros germanófilos ¡ni alemán sabe! Es una especie de beocia que admira la fuerza y esa organización de máquina” (citado en Rabaté, *Unamuno. Biografía*, localización 6215)– prefigura lo que será el juicio de Borges acerca de los supuestos germanófilos argentinos de 1940 (recuérdense “Definición del germanófilo” y “Deutsches Requiem”).

²² El manifiesto de Primo de Rivera se promulgó el 13 de septiembre de 1923, y el 14 el estado de guerra ya estaba declarado en toda la provincia de Salamanca.

quien mantenía una estrecha relación intelectual y amistosa;²³ se entiende que un joven poeta porteño aún desconocido no podía ser una prioridad. Borges debía de estar al tanto de dicha situación, puesto que la prensa argentina solía publicar todos los artículos de Unamuno cuya publicación era vedada o censurada en España.

Así pues, no renunció, sino que también intentó llegarle a Unamuno de manera indirecta, provocándole a través de un artículo: “Acerca de Unamuno, poeta”, que se publicó en *Nosotros* en diciembre de 1923 (y sería incluido en *Inquisiciones*). Era la primera manifestación pública de Borges acerca de la obra de Unamuno, en una revista en que éste había colaborado desde los orígenes, y que probablemente seguía leyendo;²⁴ por lo tanto, se puede pensar que el artículo tenía, además del lectorado argentino de *Nosotros*, un destinatario secreto: Unamuno. Detengámonos un momento en su examen.

“Acerca de Unamuno, poeta”

Cuando se publica este ensayo, Borges empieza a ser reconocido como destacado poeta joven, y en tanto crítico ya se había afirmado a través de sus manifiestos poéticos, antologías poéticas, y de un par de reseñas (Manuel Maples Arce, Guillermo de Torre).²⁵ Sin embargo, éste es el primer ensayo monográfico dedicado explícitamente a un poeta. Debería llamar la atención, y sorprender la elección... si no conociéramos el contexto de comunicación frustrada que acabo de esbozar. Objetivamente, la relación es asimétrica (Unamuno es muy conocido incluso en Argentina), pero Borges se guarda mucho de señalarlo; al contrario, asume el papel de juez, cuya legitimidad asienta en el íntimo conocimiento de la obra unamuniana (en realidad, un conocimiento muy limitado, pero muy perspicaz), y el tono no es nada reverencial (a diferencia de la dedicatoria y la carta señaladas). En un primer nivel de sentido, Borges está reivindicando, frente a su público argentino, el derecho y la aptitud de la joven generación a enjuiciar la vieja,²⁶ y del literato argentino –con, en aquella época, una mínima tradición literaria nacional a sus espaldas– a enjuiciar a un glorioso representante de la literatura española.

“Bien conocemos todos a don Miguel de Unamuno en ejercicio de prosista” (*Inquisiciones*, 109): Borges finge, hábilmente, un conocimiento compartido y un consenso que le permiten despachar en un párrafo dicho ejercicio. Se caracterizaría éste por un “hegelianismo cimental”, que combina “pensamiento sencillo” (más allá de las

²³ En 1923, el “epistolario americano” solo incluye dos cartas, y en la dirigida a Reyes, del 23 de octubre, Unamuno se disculpa por no haber contestado, explicando que se le va el tiempo en “hacer artículos de batalla, en recomerme los hígados viendo lo que pasa” (481). Y eso que llevaban carteándose diez años, y que, en 1920, Reyes, a la sazón embajador de México en España, había ido a visitarlo en Salamanca (véase M. García Blanco, *América y Unamuno*, 120-166).

²⁴ Se da la casualidad de que en ese mismo número 175 de *Nosotros* se incluyó una carta de Unamuno no destinada a la publicación y fechada en noviembre de 1923; se dirigía a un profesor español residente en Buenos Aires (no identificado) y en ella Unamuno se desespera por la situación política de España (cf. *Epistolario americano*, 484).

²⁵ Respectivamente en *Cosmópolis* (agosto de 1921) y *Proa* (julio de 1923).

²⁶ Como explicó luminosamente Unamuno, en un texto que por esas fechas Borges no debía de haber leído aún: “El cielo de la fama no es muy grande, y cuántos más en él entren, a menos toca cada uno de ellos. Los grandes nombres del pasado nos roban lugar en él; lo que ellos ocupan en la memoria de las gentes nos quitarán a los que aspiramos a ocuparla. [...] El joven irreverente para con los maestros, al atacarlos, es que se defiende; el iconoclasta o rompeimágenes es un estilista que se erige a sí mismo en imagen, en ícono” (citado en Juaristi, “Borges contra Unamuno”, 9).

vistas paradojas) y diestras “artimañas”, y se vale de una nueva retórica “de ritmo atropellado”, crepitante “de empujones polémicos y vislumbres”. El juicio es injusto, desde luego, pero no desprovisto de pertinencia. En todo caso, le permite centrarse rápidamente en la poesía, y esgrimir –confirmando la sugerencia del título– que Unamuno es, sobre todo y esencialmente, un poeta. A partir de aquí se tratará, pues, de una valoración de poeta a poeta (que es precisamente el tipo de relación que Borges intentaba establecer en su carta no contestada), con la afinidad que supone: “mi espíritu vive en la apasionada intimidad de sus versos”, “adentramiento recíproco”. Como poeta, Borges se muestra capacitado para formular reparos técnicos (“desmañados endecasílabos”, “metrificada endeblez”, falta del “más leve acariciamiento de ritmo”),²⁷ o limitaciones de la imaginación (“su claror no es comparable al de un árbol que albrician en primavera las hojas, sino a la trabajosa claridad de una demostración matemática”), pero celebra al “sentidor de la dificultad metafísica” animado por una “angustia constreñidora de su alma”, al poeta sincero capaz de introducirse “de lleno en nuestro vivir”, y provocar emociones íntimas. Esa grandeza de Unamuno lo distingue de los ingeniosos juguetones, y de los que solo pretenden “un halago meramente auditivo y sugeridor de visiones”. Es decir, Unamuno ilustra el tipo de poesía “meditabunda, hecha de aventuras espirituales” que Borges acababa de reivindicar en su prólogo a *Fervor de Buenos Aires* (“A quien leyere”), contra esa “lírica decorativamente visual y lustrosa que nos legó don Luis de Góngora por intermedio de su albacea Rubén”.²⁸ El Borges crítico reincide en su manifiesto poético valiéndose de Unamuno. Si éste no actuó como modelo para el Borges de *Fervor*, por lo menos hubiera podido hacerlo: implícitamente, Borges lo convierte en “precursor”, en poeta esencialmente borgeano –y a sí mismo se afirma, indirectamente, como poeta unamuniano (consciente, sin embargo, de las deficiencias de éste). El destinatario secreto no podía sino ser estimulado por un artículo como éste, nada servil y audazmente crítico. Por muy sincero que fuera, Borges debía de saberlo. Sin embargo, Unamuno no contestó, sino de manera muy diferida, en su carta de marzo de 1927 (sobre la que volveremos). De nuevo, conviene recordar las circunstancias de Unamuno, en particular la resistencia numantina a la dictadura y las ofensivas quijotesas,²⁹ que no se le iban a perdonar: el 20 de febrero de 1924 se le impuso el exilio a Fuerteventura, además del cese de todos sus cargos y la suspensión de sueldo. El castigo provocó un *tolle* que llegó hasta la Argentina, aunque Borges debió de experimentarlo de muy cerca: su familia estaba en Madrid entre febrero y mayo de 1924.³⁰ De ser distintas las circunstancias, ¿hubiera intentado encontrarse con Unamuno?

²⁷ Según Manuel Fuentes (“Notas provisionales...”, 32), esta crítica es mediada por el deseo de contradecir a Rubén Darío, quien había publicado en 1909 en *La Nación* el artículo “Unamuno poeta”, donde ponderaba la belleza y el ritmo de la poesía unamuniana.

²⁸ Si bien en su prólogo de 1923 Borges no menciona a Quevedo, el gran rival de Góngora está implícitamente presente. Emir Rodríguez Monegal apunta certeramente que “à cette époque, où Georgie était déterminé à devenir un poète, il trouvait chez Quevedo un modèle pour le genre de poésie qu’il voulait écrire: une poésie où l’acte de pensée faisait lui-même partie de la matière poétique” (214; no he tenido acceso al original en inglés), pero pasa por alto al muy quevedesco Unamuno, que ilustraba en la actualidad ese tipo de poesía.

²⁹ Esto es: el ensayo de Borges no podía caer en peor momento; en “Un pronunciamiento de cine”, que aparece en *La Nación* el 21 de febrero, Unamuno “confiesa a sus lectores bonaerenses que ha estado más de tres meses sin mandar colaboraciones, 'todo el tiempo transcurrido después del pronunciamiento de los generales casineros', porque no se sentía con ánimo para escribir de ninguna otra cosa” (Rabaté, *Unamuno: Biografía*, localización 8086).

³⁰ En el segundo viaje a Europa (embarque el 21 de julio de 1923), después de una breve estancia en Londres, la familia Borges estuvo en París entre fines de agosto y el 15 de septiembre. Luego fueron a Ginebra, al sur de

1924-1929: lecturas seguidas, y esbozo de una correspondencia

Es muy probablemente después de 1923 cuando Borges más lee a Unamuno: después de su descubrimiento del *Rosario de sonetos líricos*, habrá tenido ganas de leer otros poemarios y, por otra parte, ahora que su artículo en *Nosotros* lo ha posicionado en el medio porteño como admirador crítico de la obra unamuniana, también debía de sentir la obligación de completar un conocimiento más que fragmentario. Como hemos visto, si confiamos en sus cartas (respectivamente a Sureda y a Unamuno), a finales de 1923 solo debía de haber leído, además del citado poemario, la *Vida de Don Quijote y Sancho* y los *Ensayos* (probablemente “mordisqueados”).³¹ En una carta a Jacobo Sureda de junio de 1925 escribe: “a Unamuno lo leo muy seguido y supongo que es el primero de cuantos hoy escriben en español” (*Carta del fervor*, 236). Esto es: lo que ha leído en dos años lo lleva a aventurar a un amigo íntimo una valoración que no asomó ni se dejaba sospechar en su artículo; la admiración ha ido creciendo, y se confirmará doce años después, cuando un Borges que goza ya de indudable autoridad literaria escribe en la prestigiosa *Sur*: “El primer escritor de nuestro idioma acaba de morir” (*Borges en Sur*, 144). En el período que media entre el artículo de *Nosotros* y los dos homenajes fúnebres de 1937, Borges no dedicó otros artículos a Unamuno, pero las referencias o alusiones son constantes (aunque no frecuentes).³² Por otra parte, siguió enviándole a Unamuno sus libros, con dedicatorias autógrafas: “A Don Miguel de Unamuno, con la devoción de su repetido lector” (*Discusión*, 1932), “A Don Miguel de Unamuno, este catálogo de antiguas metáforas” (*Las kenningar*, 1933), “A Miguel de Unamuno, con la perdurable y fresca amistad de su lector Jorge Luis Borges” (*Historia universal de la infamia*, 1935)³³. Se observará que se pasa de la “devoción” a la “amistad” (permite esta confianza la carta de Unamuno de 1927),³⁴ pero también que Borges sigue definiéndose, humildemente, como lector de Unamuno (y no sabemos en qué medida éste lo fue de Borges, más allá de las pocas referencias explícitas a algunos artículos –volveremos sobre ello). Examinemos las referencias más significativas.

En “Ejercicio de análisis” (*Proa*, diciembre de 1925), que pretende desarmar dos versos de Cervantes, Borges acaba desconfiando de la lírica toda, basada en “el mentiroso prestigio de las palabritas”, y solo salva “algunos renglones de Quevedo, de

Francia y a España; entre febrero y principios de mayo de 1924 estuvieron unos tres meses en Madrid. Me baso en Vaccaro (*Georgie*, 223 y 374), pero cabe señalar otra vez notables variaciones cronológicas según los biógrafos (para Barnatán, zarpan hacia Europa en febrero o marzo de 1923, y se quedan casi un año en España – véase *Biografía total*, 186). En todo caso, volvieron a Buenos Aires el 19 de julio de 1924.

³¹ En su carta a Jacobo Sureda enviada desde Ginebra en septiembre-octubre de 1923, Borges escribe: “te mando unos libracos de Unamuno que apenas ha mordisqueado mi pobre curiosidad y que tal vez hagan más mella en vos que en mí” (*Cartas del fervor*, 229). Sospecho que se trata de los *Ensayos*, cuya edición original en siete volúmenes publicó la Residencia de Estudiantes en 1916-1918.

³² He identificado, con ayuda también del *Finder's Guide* del Borges Center de Pittsburgh, unas doce referencias explícitas, sustanciales o fugaces (sin contabilizar la mera inclusión del nombre “Unamuno” en una serie).

³³ Los tres libros se conservan, con *Fervor de Buenos Aires*, en la Biblioteca de la Casa-museo Miguel de Unamuno en Salamanca. ¿Le habrá también enviado y dedicado Borges *Luna de enfrente* (1925), *Inquisiciones* (1925), *El tamaño de mi esperanza* (1926), *El idioma de los argentinos* (1928) y *Cuaderno San Martín* (1929)? En cuanto a los libros anteriores a 1927, cabe la duda (visto que Unamuno no acusó recibo de *Fervor*), pero a partir de la carta de 1927 es muy probable que sí, aunque se hayan perdido. Cabe añadir que los libros de Borges constituyen solo una parte ínfima de la amplísima biblioteca rioplatense de Unamuno, cuyo catálogo hizo J.M. González Álvarez.

³⁴ Unamuno se despedía con la fórmula “Reciba el saludo de su agradecido lector, compañero y amigo, ¿por qué no?” (*Epistolario americano*, 507).

Browning, de Whitman y de Unamuno” (*El tamaño de mi esperanza*, 104). Unamuno es uno de los dos españoles que integran el limitadísimo parnaso que esboza Borges en 1925; y puesto que suele encumbrar a Quevedo (en particular al poeta), la sugerencia de una filiación entre los dos grandes conceptistas exalta la excelencia de Unamuno poeta. En 1926, una reseña sobre Alfonso Reyes involucra a Unamuno, en su faceta de pensador literario:

Releo este afabilísimo *Reloj de Sol* y una curiosidad clandestina –la misma que ha desordenado más de una vez mis lecturas de Unamuno, de Tomás de Quincey, de Hazlitt– me hace preguntar: Este hombre tan sagaz, tan inteligente de los delicados errores y de los delicados aciertos de todo escrito, ¿creerá de veras en la venerabilidad de las letras, en la perfección durante dos horas? (*El idioma de los argentinos*, 115).

Tenemos aquí una calificación indirecta de Unamuno, a través del elogio de un Reyes cuya lucidez y supuesto escepticismo literarios estarán luego asociados con los de Quevedo, y alimentan dudas íntimas de Borges. En “La fruición literaria” (*La Prensa*, 23 de enero de 1927), Borges señala que “fui mereciendo amistades escritas que todavía me honran: Schopenhauer, Unamuno, Dickens, De Quincey, otra vez Quevedo” (*El idioma de los argentinos*, 92); esta pentalogía es más restrictiva aún, puesto que no se limita a la poesía, sino que abarca novela y filosofía. De nuevo encontramos la asociación estrecha de Unamuno y del tan admirado Quevedo, a quien Borges dedica un mes después el artículo “Quevedo humorista” (*La Prensa*, 20 de febrero de 1927); artículo tanto más importante cuanto pica la curiosidad del quevedesco Unamuno y le mueve a escribir a Borges, saldando una deuda;³⁵ la carta, sin embargo, se limita a confirmar que “está por descubrir el Quevedo entrañable”... “aunque yo lo he descubierto ya, al sentirlo y revivirlo en mis entrañas”; esto es, Unamuno se apropia de Quevedo y, en un largo desahogo egotista, se identifica con el Quevedo amargo víctima del poder político. ¿Cómo valoró Borges esta carta? No lo sabemos,³⁶ pero podemos pensar que, al margen del orgullo y de la satisfacción íntima (por fin la correspondencia), ahí está el germen de cierta rivalidad en la apropiación de los escritores que ambos admiran. En todo caso, en “El idioma de los argentinos” (1928), después de consideraciones poco amenas sobre la mediocridad de la literatura española, Borges “confiesa” que “algún ejemplo de genialidad española vale por literaturas

³⁵ “Hace tiempo, compañero, que leyendo en *La Prensa* comentarios suyos me he sentido movido a escribirle comentándolos, a lo que me invitaba y animaba alguna halagüeña referencia que de mí ha hecho usted como uno de aquellos a quienes sigue oyendo” (*Epistolario americano*, 506). ¿Confundía Unamuno con *Nosotros*?

³⁶ Borges contestó la carta de Unamuno, pero parece que esa respuesta se encuentra perdida (no aparece en las colecciones de Salamanca). La información que proporciona Vaccaro –“le envió seis números de *Martín Fierro* y, entre otras cosas, le refirió el tema del tiempo y sobre la formulación matemática de Unamuno de que cero es igual a infinito” (*Georgie*, 324)– la saca de la respuesta de Unamuno del 24 de junio de 1927 (que se publicó en *Martín Fierro*, n°42, junio-julio de 1927; agradezco a Nicolás Helft la copia que muy amablemente me envió a Bélgica). Efectivamente, en esta carta –que empieza “Su carta me mueve, amigo mío, a escribirle de nuevo”– Unamuno comenta brevemente su interés por los números del *Martín Fierro*, vuelve sobre el tema de las formulaciones matemáticas, y critica el futurismo, “tan vacuo como el preteritismo, el presentismo o el eternismo”, recalando que lo importante es la actualidad, en el sentido de “substancia viva de la eternidad”: “Lo actual es lo que actúa, y actúa todo lo que ha actuado, y actuará”. Con, de paso, esta puntualización que Borges, que estaba emancipándose de las vanguardias, pudo tomar como advertencia: “no crean los jóvenes de hoy, los que se dicen nosotros, que ellos caminan más que otros. Hay muertos –es decir muertos no; hay pasados– que siguen caminando, que siguen actuando”. Desde luego, el Borges maduro no solo suscribirá este clasicismo, sino que será su principal valedor (en tiempos adictos a las últimas modernidades, o modas).

enteras: don Francisco de Quevedo, Miguel de Cervantes”, y a continuación declara que, en lo que se refiere a Unamuno, “hay una seria presunción de genialidad” (153); más adelante, añade que es “el único sentidor español de la metafísica y por eso y por otras inteligencias, gran escritor” (157). No se precisa la genialidad (¿estriba en el sentir metafísico, ya celebrado en “Acerca de Unamuno, poeta?”), ni las “otras inteligencias”, y por lo tanto estos apuntes no representan un aporte. En cambio, en “El cinematógrafo, el biógrafo” (1929), se encuentra una observación de gran proyección ulterior: “El poeta o escritor de ensayos es novelista de un solo personaje que es él; los doce volúmenes de Enrique Heine solo están habitados por Enrique Heine, la obra de Unamuno por Unamuno” (TR I, 382). Es la primera vez que Borges destaca el protagonismo del yo en la obra de Unamuno (y de ese otro gran polígrafo que fue Heine, que por cierto le interesó a Unamuno), y también la novelación –es decir, la construcción imaginativa o ficticia– de ese yo. Sospecho que puede corresponderse con la lectura de *Cómo se hace una novela*,³⁷ que atestiguará una referencia al retrato de Unamuno por su traductor y amigo Jean Cassou (véase “Inmortalidad de Unamuno”, sobre el que volveremos).

Unamuno y el *Martín Fierro*: ¿otro Salaverría?

En 1930, en el capítulo IV de *Evaristo Carriego*, Borges critica de paso la “propensión a rastrearnos barbarie” y asimismo al “periodista o artefacto vascuence J.M. Salaverría, en un libro que desde el título se equivoca: *El poema de la pampa, Martín Fierro y el criollismo español*” (OC I, 131). Puntualiza que “criollismo español” es un “contrasentido deliberado” y que el *Martín Fierro* no es el poema de la pampa, “sino del hombre desterrado a la pampa”. Luego añade:

Otro Salaverría –de cuyo nombre no quiero acordarme, porque lo demás de sus libros tiene mi admiración– habla ¡cuándo no! del *payador pampero*, que *a la sombra del ombú, en la infinita calma del desierto, entona acompañado de la guitarra española las monótonas décimas de Martín Fierro*; pero el escritor es tan monótono, décimo, infinito, español, calmoso, desierto y acompañado, que no se fija que [sic] en el *Martín Fierro* no hay décimas (132).

Si bien designa sin nombrar, mediante la consabida fórmula cervantina (la cual censura pero, aquí, con una piadosa matización), el lector podía sospechar que ese “otro Salaverría” –por cierto, amigo y corresponsal del primero– no era sino Unamuno (véase la mencionada admiración, la alusión algo burlona a la famosa locuacidad o garrulería). De hecho, la cita proviene de un artículo de 1894, “El gaucho *Martín Fierro*”,³⁸ que Borges debía de tener a la vista, o del que había tomado apuntes, o que quizás conocía solo a través de los extractos reproducidos en Ricardo Rojas.³⁹ En todo caso, la

³⁷ Recordemos que *Cómo se hace una novela* se escribió en el exilio, se publicó primero en francés (traducción de Jean Cassou), y que la versión española (una re-traducción a partir del texto francés, con diversos añadidos) salió originariamente en Buenos Aires en 1927, por voluntad expresa de Unamuno (no toleraba la censura castrense).

³⁸ La revista española; quincenal; literaria, científica, política, 1, 1894; reproducido en *Obras Completas*, VIII, 47-63.

³⁹ En el capítulo “Los gauchescos” de su *Historia de la literatura argentina* (1917-1920, 4 volúmenes), a la que Borges alude en varias ocasiones, Ricardo Rojas cita abundantemente el ensayo de Unamuno (a quien, por cierto, envió su primer poemario en 1903, y con quien mantenía una relación amistosa desde 1908).

referencia es tan polémica como injusta: descalifica sin apenas argumentar (el reparo métrico es certero –si bien tampoco se trata exclusivamente de sextinas–, pero lateral) y, sobre todo, disimula el papel fundamental de Unamuno en la consagración institucional del *Martín Fierro* (papel reconocido ya en 1911 por el mismo Rojas), bastante antes de *El payador* de 1916.⁴⁰ No cabe duda de que esta injusticia participaba de una postura criollista del Borges de entonces, pero iba a perdurar hasta *El “Martín Fierro”* de 1979 (con la colaboración de Margarita Guerrero),⁴¹ donde se reproduce la misma cita de Unamuno, ampliada: “*Martín Fierro* es, de todo lo hispanoamericano que conozco, lo más hondamente español [...] es el canto del luchador español que, después de haber plantado la cruz en Granada, se fue a América a servir de avanzada a la civilización y abrir el camino del desierto”. Borges ironiza sobre las supuestas décimas que “Unamuno hospitalariamente anexa a la cultura española” y, de manera tan ostensible como estratégica (“cabe citar a título de curiosidad”), no se toma la molestia de discutir la tesis unamuniana. Sin embargo, ya la había mencionado dos veces, de paso, en artículos de *Sur*,⁴² lo cual confirma que, más allá de la postura criollista, le molestaba un españolismo que pretendía arrebatar a los argentinos lo que Lugones consideraba como su libro nacional. Esto no impide que, si bien Borges no parece haberle enviado a Unamuno su *Evaristo Carriego*, sí lo hizo, como hemos visto, con los libros inmediatamente posteriores y, por otra parte, siguió convocando a Unamuno en sus ensayos, principalmente como referencia cuya autoridad apoya el discurso propio;⁴³ véanse:

Son indiferentes a la propia convicción o propia emoción: buscan tecnuerías (la palabra es de Miguel de Unamuno)” (“La supersticiosa ética del lector”, OC I, 202; 1931)

Miguel de Unamuno confirma: Son las intenciones y no los actos los que nos estragan el alma, y no pocas veces un acto delictuoso nos limpia de la intención que lo engendrara [...]” (“Mitologías del odio”, TR II, 61; 1933).

No insistiré: ya Miguel de Unamuno tiene su página sobre esa prohibición de los pensamientos. (“Historia de la eternidad”, OC I, 389; 1936)

La segunda referencia proviene de *Vida de Don Quijote y Sancho* (cap. LX); la primera y la tercera son demasiado vagas como para identificarlas de forma precisa.⁴⁴

⁴⁰ En “Unamuno y la valoración crítica del «Martín Fierro»”, el crítico argentino Antonio Pagés Larraya cita los comentarios entusiastas de Unamuno, y comenta admirado: “¿Cuántos años iban a pasar, cuántas incomprensiones y cuántas reticencias debería salvar el canto de *Martín Fierro*, para que los propios argentinos le reconocieran los méritos que le atribuye ya en 1892 uno de los españoles más geniales de su tiempo y de los tiempos todos!” (357).

⁴¹ En el capítulo “*Martín Fierro* y los críticos”, Borges rescata valoraciones positivas de escritores argentinos (Groussac, Miguel Cané...), antes de destacar la “importancia capital” del *Payador* en la fama de Hernández... y silenciando del todo a Unamuno.

⁴² En noviembre de 1937 y marzo de 1941; cf. *Borges en Sur*: 195-196 y 242.

⁴³ La conciencia de la autoridad y también del protagonismo plenamente reivindicados y asumidos por Unamuno –y tan opuestos a la discreción del Borges maduro– no impide que éste incluya a Unamuno, con razón, en una serie de creadores que, contrariamente a Dante, han conocido “la propicia inseguridad”: “la de San Pablo, la de Sir Thomas Browne, la de Whitman, la de Baudelaire, la de Unamuno, la de Paul Valéry” (Prólogo al “Cementerio marino”, traducido por Néstor Ibarra, 1932; OC IV, 154).

⁴⁴ Unamuno utiliza la palabra “tecnuerías” en muchas ocasiones: habitualmente cuando se refiere a Rubén Darío o al tipo de estética que representaría, pero también cuando trata de nimiedades pedagógicas. La cita exacta de *Vida de Don Quijote y Sancho*, de acuerdo con la edición crítica de Alberto Navarro, es la siguiente:

En “Historia de la eternidad”, Borges no entabla una discusión del gran tema unamuniano de la inmortalidad, sino que, al considerar la representación del tiempo, se limita a reproducir versos que destacaba en “Acerca de Unamuno, poeta”:

Que fluye del pasado hacia el porvenir es la creencia común, pero no es más ilógica la contraria, la fijada en verso español por Miguel de Unamuno:

Nocturno el río de las horas fluye
desde su manantial que es el mañana
eterno...

(últimos versos de “Rima descriptiva”, en *Rosario de sonetos líricos*; OC I, 353)

Si bien está claro que Unamuno le seguía de lejos a Borges al menos a partir de su correspondencia de 1927,⁴⁵ no sabemos lo que llegó a leer de él más allá de algunos artículos o ensayos de periódicos y revistas. Quizás *Fervor de Buenos Aires* (retrospectivamente), tal vez *El idioma de los argentinos* y *Cuaderno San Martín*, más probablemente *Discusión*, *Las kenningar* e *Historia universal de la infamia* (teniendo en cuenta que recibió sendos ejemplares con dedicatorias manuscritas); no cabe duda de que lo hubiera apasionado la *Historia de la eternidad*, pero ya era tarde, y no podemos sino echar de menos el comentario que le hubiera inspirado. En todo caso, con su perspicacia habitual, Unamuno había reconocido la valía de Borges, que tenía en alta estima. El 7 de enero de 1936, en una carta a Guillermo de Torre, Unamuno escribía de paso (y, si bien no podía saberlo, sería su último y definitivo testimonio al respecto, por no decir su testamento):

Sé por mi yerno que Norah está en la Argentina. Salúdela y a su hermano Jorge. Y díglele a éste que en estar pensando escribirle se me han ido los meses y aun los años. Es lo que ocurre cuando uno siente mucho que tener que decir. Las veces que me he detenido en frases de sus escritos y hasta en alguna alusión a mí. Y más de una vez he pensado escribir algún comentario comentando dichos –por escrito– suyos. De todos modos que le conste que no pocas veces cuando escribo algo para el público y hablo del 'lector' pienso individual y concretamente en él. (cf. *Epistolario americano*, 562)

Magnífico reconocimiento, que hace de Borges el destinatario privilegiado de la obra unamuniana, y el escritor cuyas obras inspiran en exceso al Unamuno comentarista.

Los dos homenajes fúnebres: el balance, y la cuestión de la inmortalidad

Unamuno muere en Salamanca el 31 de diciembre de 1936; en enero de 1937, Borges publica dos artículos de homenaje: “Inmortalidad de Unamuno” y “Presencia de Miguel de Unamuno”, respectivamente en *Sur* (número de enero) y *El Hogar* (29 de

“Son las intenciones y no los actos lo que nos empuerca y estraga el alma, y no pocas veces un acto delictuoso nos purga y limpia de la intención que lo engendrara” (461).

⁴⁵ Dicha correspondencia no prosperará pero, en una carta a Manuel Gálvez (15 de abril de 1928), Unamuno escribe despidiéndose: “Salude a los compañeros, en especial a Borges” (*Epistolario americano*, 536).

enero).⁴⁶ Debieron de escribirse con pocos días de diferencia, y no se sabe cuál primero: pienso que el de *Sur*, cuyos *incipit* y *explicit* se refieren explícitamente a la muerte reciente de Unamuno. En todo caso, no son repetitivos, sino notablemente complementarios (si bien independientes), y se adecuan a sus respectivos públicos: el artículo de *Sur* presupone una cierta familiaridad con la obra y la figura de Unamuno, incluso con la crítica unamuniana, e invita a los lectores a “proseguir las ricas discusiones iniciadas por él”; en *El Hogar*, en cambio, se ofrece una visión panorámica de la obra –sucesivamente: *El [sic] sentimiento trágico de la vida*, *Vida de Don Quijote y Sancho*, los *Ensayos*, “su novela y su teatro” (mencionados sin más), “los tomos de poesía”– de manera al mismo tiempo pedagógica y muy personal. Los dos homenajes tienen un punto en común: su interés por el personaje y la imagen del autor.

Antes de profundizar en estos homenajes, conviene actualizar una pregunta anterior: en enero de 1937, ¿qué había leído Borges de la inmensa obra de Unamuno? Como hemos visto, la correspondencia de Borges nos permite inducir que leyó en primer lugar la *Vida de Don Quijote y Sancho*, luego los *Ensayos* (parcialmente) y el prefacio de Unamuno a la *Estética* de Croce, y por fin el *Rosario de sonetos líricos*. Posiblemente haya leído luego el estudio sobre el *Martín Fierro* (a no ser que lo hubiera conocido a través de los extractos de Rojas), y con toda seguridad *Del sentimiento trágico de la vida* (probablemente en 1924 o 1925), al que se refiere en el homenaje de *El Hogar*. De la cita de Jean Cassou en el homenaje de *Sur* podemos inferir que Borges ha leído el “Retrato de Unamuno”, que éste incluyó, traduciéndolo y comentándolo, en *Cómo se hace una novela*; y probablemente el libro entero. ¿Qué más? No lo sabemos; quizás nada más, puesto que Borges suele utilizar o por lo menos referirse a sus lecturas, y no encontramos referencias explícitas, directas o indirectas, a otros textos de Unamuno;⁴⁷ llama la atención el que, en “Presencia de Miguel de Unamuno”, Borges despache la novelística y el teatro solo mentándolos. Ahora bien, resulta difícil aceptar que Borges, tan interesado por la narrativa breve, no haya leído cuentos de quien consideraba ya en 1925 –recordemos– como “el primero de cuantos escriben hoy en español” (juicio que confirma ahora); por ejemplo, *El espejo de la muerte* (1913) o *Tres novelas ejemplares* (1920; con un título tan cervantino, además). Para no hablar de textos que, como *Niebla*, se convierten, retrospectivamente, en “precursores” de cierto Borges.⁴⁸

Volvamos a los dos textos de homenaje. “Presencia de Miguel de Unamuno” aventura una jerarquización personal. Empieza declarando “Sospecho que la obra capital de cuantas escribió Unamuno es *El [sic] sentimiento trágico de la vida*”, pero se limita a destacar el “tema” de “la inmortalidad personal”, que explicita de una manera que refleja más sus propios sentimientos al respecto (y sus reservas) que el espíritu del ensayo de Unamuno: “mejor dicho, las vanas inmortalidades que ha imaginado el hombre, y los horrores y esperanzas que nos impone esa especulación”. Si bien discrepa

⁴⁶ Hoy se pueden leer respectivamente en *Borges en Sur* (pp. 143-144) y en los *Textos cautivos* de las *Obras completas*, IV (pp. 248-250). A estas ediciones remito.

⁴⁷ Cf. *supra*. Conviene señalar que no aparecen libros de Unamuno en el catálogo de la biblioteca de Borges tal como nos ha llegado (cf. L. Rosato y G. Álvarez, 2010), y que por lo tanto no nos proporciona informaciones al respecto. Puesto que dicho catálogo solo incluye los libros que Borges dejó en la Biblioteca Nacional, sería muy útil poder acceder a la biblioteca personal custodiada por la Fundación internacional Jorge Luis Borges, creada y presidida por María Kodama. Le agradezco esta pista a Magdalena Cámpora.

⁴⁸ Sobre ese parentesco, véase el artículo “El sueño de un dios: la estructura narrativa en *Niebla* de Unamuno y ‘Las ruinas circulares’ de Borges”, de Natalia González de la Llanza Fernández (2008). Jon Juaristi iba más lejos, propugnando la tesis de que “El muerto” es una réplica a *Niebla*, de la misma forma que *Historia de la eternidad* lo era a *Del sentimiento trágico de la vida* (cf. “Borges contra Unamuno”, 10-16).

con ellas, no discute las ideas de Unamuno (tampoco es el lugar, y en cierta medida acababa de hacerlo en algunas páginas de *Historia de la eternidad*). Otra obra capital – “quizá la obra más viva y duradera de cuanto escribió” – son “los discutidores *Ensayos*”; tampoco dirá más.⁴⁹ En cambio, Borges, quien en 1937 aún está en fase de autoafirmación en un campo literario (de momento argentino e hispánico) donde la muerte de Unamuno fue todo un acontecimiento, es mucho más explícito en la crítica. Al señalar que “otros” consideran que “la obra máxima” de Unamuno es su *Vida de Don Quijote y Sancho*, afirma que “decididamente” no puede “compartir ese parecido” y precisa por qué: “Prefiero la ironía, las reservas y la uniformidad de Cervantes a las incontinencias patéticas de Unamuno [...] su intromisión en el *Quijote* me parece un error, un anacronismo”. Se entiende la crítica, pero también la rivalidad latente: de la misma manera que él se había atrevido a escribir sobre “Quevedo humorista” y Unamuno había contestado reivindicando para sí la herencia quevedesca, Borges está ahora discutiéndole –e, implícitamente, disputándole– a Unamuno su título de máximo comentarista de Cervantes.⁵⁰ Por otra parte, en lo que se refiere a la poesía, destaca el *Rosario de sonetos líricos*, justificando esta opción con la idea (¿ad hoc?) de que si queremos “conocer de veras” a un autor, conviene buscarlo en las obras “menos felices”.⁵¹ Sobre las “lacras”, “características de Unamuno”, dice menos aún que en “Acerca de Unamuno, poeta” (cf. *supra*), limitándose a señalar la fealdad de algunos títulos. En cambio, multiplica las citas parciales de sonetos,⁵² ya no para resaltar el carácter de poeta-filósofo, sino para llegar a la conclusión de que “El centenar de piezas que componen el *Rosario de sonetos líricos* nos da la plenitud de su personaje: Miguel de Unamuno” (250) –retomando, pues, la idea adelantada en “El cinematógrafo, el biógrafo” (1929), de que “El poeta o escritor de ensayos es novelista de un solo

⁴⁹ Como precisado *supra*, deben de referirse a la edición original publicada por la Residencia de Estudiantes (en 1916-1918), posteriormente recogida en las notables *Obras completas* en dieciséis volúmenes publicadas por Aguado y dirigidas por Manuel García Blanco.

⁵⁰ Recordemos que, en 1937, Borges ya había comentado a Cervantes en por lo menos cuatro textos: “La conducta novelística de Cervantes” (*Criterio*, 15 marzo 1928; recogido en *El idioma de los argentinos*), “La supersticiosa ética del lector” (*Azul*, enero-febrero 1931; recogido en *Discusión*), “La postulación de la realidad” (*Azul*, junio 1931; recogido en *Discusión*), “Una sentencia del Quijote” (*Boletín de la Biblioteca Popular*, 1933; recogido en *Textos recobrados 1931-1955*). En los años posteriores, seguirá afirmándose con al menos diecinueve textos más –algunos tan famosos como “Pierre Menard, autor del *Quijote*” (1939), “Magias parciales del *Quijote*” (1949), “Parábola de Cervantes y de *Quijote*” (1955) o “Un problema” (1957)–, hasta el punto de poner en entredicho la primacía de Unamuno... y de salvar el honor de la patria (si Unamuno ha sido el primer gran valedor del *Martín Fierro* –lo que el argentino, como hemos visto, tiende a denegar o por lo menos a silenciar– él será mejor intérprete del *Quijote* que Unamuno). Sobre Borges y Cervantes, véase mi “*Don Quijote en Borges*, o: Alonso Quijano y yo”.

⁵¹ Cito por *Textos cautivos*, en OC IV, 248-250. El argumento puede ser *ad hoc* (le permite retomar sus comentarios de “Acerca de Unamuno, poeta”), e invita a dudar del conocimiento de la obra poética posterior, pero Borges sugerirá algo parecido, esta vez con respecto a *Fervor de Buenos Aires*, en su conocido prólogo de 1969 (cf. OC I, 13). Por cierto, los términos en los que lo hace, y la misma idea de la continuidad esencial, ya estaban en el prólogo de Unamuno a sus *Ensayos* – “[...] creo que habrá en España pocos publicistas que en lo esencial y más íntimo hayan permanecido más fieles a sí mismos. En rigor desde que empecé a escribir he venido desarrollando unos pocos y mismos pensamientos cardinales” (cito por Aguado, III, 304-305)–, y la paradoja que caracteriza el argumento mencionado fue formulado por Unamuno –nos señala Manuel Fuentes (2002: 33)– en la “Presentación” a *Teresa* (1924): “En las [poesías] que nos parecen las peores de uno, suele latir el alma de él tanto o más intensamente que en las otras, y por lo menos explican y aclaran y hermosean a las que tenemos por mejores”.

⁵² Puesto que no proporciona las referencias, helas aquí: se trata sucesivamente de “Nihil novum sub sole”, “Ofertorio”, “Rima descriptiva” (los versos sobre el tiempo que ya citó en “Acerca de Unamuno, poeta” e “Historia de la eternidad”), “A la Esperanza”, “Mi cielo”, “Oración del ateo” y “Frente a Orduña”.

personaje que es él” (cf. *supra*). Es aquí donde este homenaje viene a coincidir, aparentemente, con el de *Sur*, y quizás haya sido condicionado por éste (así como por el público de *El Hogar*, ya que es más fácil publicitar a un poeta autobiográfico –*lato sensu*– que filosófico). Ahora bien, no dicen exactamente lo mismo; representan variaciones acerca de la idea de la inmortalidad del escritor. En “Presencia de Miguel de Unamuno”, Borges pone el énfasis en la incesante textualización de “un alma” que logra “difundirse” en otras almas –operación del arte que califica como “acaso la esencial y la más difícil” (250)–, de tal forma que, más allá de la muerte corporal, nos acompaña, a los lectores de Unamuno, la omnipresencia del yo del autor –“discutidora, gárrula, atormentada, a veces intolerable”. En “Inmortalidad de Unamuno”, en cambio, Borges pone el énfasis no en el yo unamuniano que anima el texto (y a sus lectores), sino en “la imagen” de Unamuno: “una imagen inconfundible, de hombre español conocido 'directamente', no a través de palabras acostadas en un papel”; es decir, en la figura tan pública y arrolladora de Unamuno (que incluye al escritor pero también al impar catedrático y rector de la Universidad de Salamanca, al político y al intelectual comprometido, perseguidor y perseguido). De cara a la cuestión de la inmortalidad, semejante imagen es una baza decisiva, y quizás indispensable –“Yo sospecho que el problema de la inmortalidad es de naturaleza dramática. Persiste el hombre general (nuestra imagen del hombre general) o desaparece” (143)–, pero también un riesgo: “el riesgo certero de que la imagen empobrezca irreparablemente la obra”, de que “el símbolo, la figura, tape la obra” (143); y es para contrarrestar este riesgo que Borges, a continuación, contrapone a la figura las “espléndidas discusiones”, e invita a proseguirlas, con el “yo” textual.

Continuidades aparentes y desacuerdos secretos

Si bien me parece improbable que Borges haya vuelto a leer a Unamuno después de 1937,⁵³ no dudo de que Unamuno siguió estando presente: era parte de su panteón literario (aunque no lo proclamara).⁵⁴ Pienso en particular que la reflexión, a partir del caso de Unamuno, sobre la inmortalidad del escritor y, al mismo tiempo, sobre la relación problemática entre el autor y su imagen ha sido fundamental. Nutrió una meditación metaliteraria que se ha continuado, por una parte, en “Valéry como símbolo” (1945), “Quevedo” (1948), “Flaubert y su destino ejemplar” (1954), y, por otra, en “Nota sobre Walt Whitman” (1947)⁵⁵ y, por supuesto, en “Borges y yo” (1957).⁵⁶ Pero

⁵³ Las referencias textuales posteriores a 1937 son pocas –no pasan de una decena en más de cuarenta años– y ninguna sugiere una relectura, o una ampliación de las lecturas (y se puede decir lo mismo de las entrevistas). La “Nota de un mal lector”, publicada en *Ciclón* en 1956 (hoy accesible en *TR* II, 11-12) y centrada principalmente en Ortega y Gasset, sugiere al pasar un trato continuo: “A lo largo de los años, he frecuentado los libros de Unamuno y con ellos he acabado por establecer, pese a las ‘imperfectas simpatías’ de que Charles Lamb habló, una relación parecida a la amistad”, pero podría remitir al periodo 1920-1937.

⁵⁴ Sin embargo, en 1968, Borges le declaró a su entrevistador R. Burgin: “Unamuno is a very great writer. I admire Unamuno greatly”; y añadía, contestando otra pregunta: “He is definitely, yes, a great mind” (113-114).

⁵⁵ Esta nota fue precedida, es cierto, por “El otro Whitman”, que es de 1929... pero la reflexión sobre el caso Unamuno es muy anterior a los homenajes fúnebres de 1937.

⁵⁶ La reflexión explícita de Borges sobre el tema es siempre de corte dualista, pero los textos son mucho más matizados, y requieren una conceptualización adecuada. Permítaseme remitir a los análisis de *Borges, entre autorretrato y automitografía*, y a la diferenciación que proponía entre el autor textual –distinguiendo entre “autor efectivo”, “autores implicados” (y “autor transtextual”), “autor representado”– y autor extratextual: el escritor y el “autor socializado”; y, en último término, el “autor intuitivo” (o imagen que el lector se hace del

también ha nutrido la propia poética de Borges: una poética que, además de perpetuar espléndidas discusiones unamunianas (sobre el yo, la inmortalidad, el idioma, el culto de Cervantes, la fe, etc.), trabaja en la plasmación creadora del yo, y también en la creación paralela y secreta de la “imagen” propia, del propio mito; una poética, pues, tan intensa y diversamente autobiográfica (*lato sensu*) como la de Unamuno, que participa del autorretrato y de la automitografía, y que acaba instaurando, en ambos casos, lo que Lejeune llama “espacio autobiográfico”.

En realidad, la reflexión de Borges sobre el caso Unamuno fue anticipada por el mismo Unamuno, quien tenía una clara conciencia de la doble necesidad de crear su yo y su mito, y también del riesgo de una leyenda encubridora. Entre los muchos textos que tratan de esta problemática, cabe destacar un artículo que se publicó precisamente en Buenos Aires, en 1922, en la revista *Plus Ultra*, con el título “Yo, individuo, profeta y mito”. Se trata de un texto escrito en forma dialogada, en que el “Yo” (Unamuno) contesta a “Él”, y llega a declarar: “Soy un mito que me estoy haciendo día a día, según voy llevado al mañana, al abismo, de espalda al porvenir. Y mi obra es hacer mi mito, es hacerme a mí mismo en cuanto mito.” Y añade: “Que es el fin de la vida hacerse un alma”, como dije al final de uno de mis sonetos⁵⁷. El añadido remite más bien a la creación del yo a través de la escritura, pero es cierto que ésta es parte del proceso de automitificación. Este último, como recalca Borges, fue un éxito rotundo, y casi excesivo. De hecho, Unamuno, que lúcidamente jugaba con su personaje y los papeles que interpretaba,⁵⁸ se quejaba de “la leyenda que han tejido alrededor de mí”: “estoy encapullado, indefenso en ella” ... Era, desde luego, en parte responsable de ello —o, por lo menos, si no él mismo, el otro, “Unamuno” (de tener la extraordinaria aptitud autodistanciadora de Borges, Unamuno hubiera podido escribir “Unamuno y yo”).

Borges, pues, tenía perfecta conciencia del riesgo de semejante leyendificación y, sobre todo, del riesgo de que la imagen acabara encubriendo la obra. Desde este punto de vista, el destino de Unamuno pudo funcionar como contra-modelo, y quizás haya contribuido —entre otros factores, como una personalidad tan distinta, incluso opuesta desde diversos puntos de vista— a perfilar la especificidad del proyecto de Borges. En efecto, por semejante que parezca el deseo de incorporarse a la conciencia colectiva como “mito” o “imagen”, Borges no pretendía que esa imagen fuera la exaltación de su persona, sino que anhelaba más bien la desaparición completa de ésta, explicando en varias ocasiones que no entendía el deseo unamuniano de inmortalidad personal; lo que sí deseaba, al margen de que sobrevivieran sus textos más logrados (el Tiempo dirimiría cuáles, pero debían ser aquellos donde había conseguido manifestarse y comunicarse un “alma”), era afirmarse como encarnación transitoria o avatar del “hombre de letras”; es decir, fundirse en el tipo que contribuía a perpetuar. El proyecto no era romántico, sino clásico. Por eso, aunque Borges no vacilara en reivindicar una literatura basada en la confianza y en la confidencia, su autobiografismo no es egotista ni egocéntrico (brillante y sinceramente en Unamuno), sino púdico y más bien “alocéntrico”, en la

autor, a partir de su percepción del autor textual, mediada por las actuaciones del escritor y las imágenes mediáticas del autor socializado); véanse pp. 10-18.

⁵⁷ De hecho, se trata del último verso del soneto “El fin de la vida”, en *Rosario de sonetos líricos*. El artículo mencionado se puede consultar en línea en:

https://gredos.usal.es/bitstream/handle/10366/101153/CMU_8-25.pdf?sequence=1&isAllowed=y

⁵⁸ “Ahora hago el papel de proscrito. Hasta el descuidado desaliño de mi persona, hasta mi terquedad en no cambiar de traje, en no hacérmelo nuevo, dependen en parte —con ayuda de cierta inclinación a la avaricia que me ha acompañado siempre y que cuando estoy solo, lejos de mi familia, no halla contrapeso— del papel que represento” (Rabaté, *Unamuno: Biografía*, localización 9539).

medida en que se caracteriza por una incesante y variada identificación con determinados otros que remiten a una misma figura eterna, heredada de la doble tradición religiosa y humanista.

Ahora bien, si en los textos la representación del emblemático *bookman* es compleja, evolutiva, y, sobre todo, cada vez más problemática,⁵⁹ en el último período de su vida⁶⁰ el hombre Borges encarnó el tipo, *nolens volens*, con demasiado éxito, y no pudo evitar que la leyenda propendiera –como lo había escrito a propósito de Unamuno (en otra época, anterior al imperio de los medios de comunicación masiva) – “a dominar, y a reducir, la obra complejísima, tan rica de posibilidades intelectuales”.

Referencias bibliográficas

- BARNATÁN, Marcos-Ricardo. 1995. *Borges. Biografía total*. Madrid, Temas de Hoy.
- BARYLKO, Jaime. 1969. “Entre Borges y Unamuno”, *La Capital* (14 de diciembre).
- BILBAO TERREROS, Gorka. 2009. *Divergencias y convergencias en la literatura transnacional de principios del siglo XX: El caso de Jorge Luis Borges y Miguel de Unamuno*. Tesis doctoral no publicada, Universidad de Liverpool.
- BORGES, Jorge Luis. 1970. “An Autobiographical Essay”. En *The Aleph and Other Stories*. New York, E.P. Dutton & Co., pp. 203-260.
- , 1979. *El “Martín Fierro”* (con la colaboración de Margarita Guerrero). Madrid, Alianza.
- , 1979. *Obras completas en colaboración*. Buenos Aires, Emecé.
- , 1989. *Obras completas*. Barcelona, Emecé (vol. 1, 2, 3).
- , 1993. *Œuvres complètes I*. Jean Pierre Bernès ed. París, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade.
- , 1994 [1925]. *Inquisiciones*. Barcelona, Seix Barral.
- , 1994 [1926]. *El tamaño de mi esperanza*. Barcelona, Seix Barral.
- , 1996. *Obras completas*. Barcelona, Emecé (vol. 4).
- , 1997. *Textos recobrados (1919-1929)*. Buenos Aires, Emecé.
- , 1998 [1928]. *El idioma de los argentinos*. Madrid, Alianza.
- , 1999. *Jorge Luis Borges en Sur (1931-1980)*. Barcelona, Emecé.
- , 1999. *Cartas del fervor. Correspondencia con Maurice Abramowicz y Jacobo Sureda, 1919-1928*. Carlos García ed., Marietta Gargatagli trad. Barcelona, Emecé.
- , 2001. *Textos recobrados (1931-1955)*. Buenos Aires, Emecé.
- BURGIN, Richard. 1968. *Conversations with Jorge Luis Borges*. Nueva York, Holt, Rinehart and Winston.
- CÉSAR CHAVES, Julio. 1964. *Unamuno y América*. Madrid, Ediciones Cultura Hispánica.
- FUENTES VÁSQUEZ, Manuel. 2002. “Notas provisionales de una lectura compartida (de Borges a Unamuno)”. *América sin nombre*, n° 3, pp. 29-34.
- GARCÍA BLANCO, Manuel. 1964. *América y Unamuno*. Madrid, Gredos.

⁵⁹ Para un desarrollo de este aspecto, véase mi *Borges, entre autorretrato y automitografía*, pp. 97-143.

⁶⁰ [Nota de la coord.: Sobre la imagen pública de Borges en los últimos años de su vida, ver en este mismo dossier el artículo de Annick Louis, “A momentary lapse of history. Borges y la crítica moderna argentina bajo la última dictadura y en la postdictadura (1976-1986)”]

- GONZÁLEZ ÁLVAREZ, José Manuel. 2001. "La biblioteca rioplatense de Unamuno". *Cuadernos Cátedra Miguel de Unamuno*, nº 36, pp. 127-144.
- GONZÁLEZ DE LA LLANA FERNÁNDEZ, Natalia. 2008. "El sueño de un dios: la estructura narrativa en *Niebla* de Unamuno y 'Las ruinas circulares' de Borges". *Anales de literatura hispanoamericana*, nº 37, pp. 263-274.
- HELFT, Nicolás. 1997. *Jorge Luis Borges. Bibliografía completa*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica de Argentina.
- JUARISTI, Jon. 1993. "Borges contra Unamuno: Una refutación de la inmortalidad". *Hermes*, nº 1, pp. 9-19.
- KOCH, Dolores. 1984. "Borges y Unamuno: Convergencias y divergencias". *Cuadernos hispanoamericanos*, nº 408, pp. 113-122.
- LEFERE, Robin. 2004. "Don Quijote en Borges, o: Alonso Quijano y yo". En *La literatura en la literatura. Actas del XIV Simposio de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada* (7-9 de noviembre de 2002). Magdalena León Gómez ed. Alcalá de Henares, Centro de estudios cervantinos, pp. 211-219.
- , 2005. *Borges, entre autorretrato y automitografía*. Madrid, Gredos, Biblioteca románica hispánica.
- MAÍZ, Claudio. 2009. *Constelaciones unamunianas. Enlaces entre España y América (1898-1920)*. Salamanca, Ed. Universidad de Salamanca.
- MENESES, Carlos. 1996. *Borges en Mallorca, 1919-1921*. Altea (Alicante), Aitana.
- , 1999. *El Primer Borges*. Madrid, Fundamentos.
- PAGÉS LARRAYA, Antonio. 1982. "Unamuno y la valoración crítica del *Martín Fierro*". En *Actas del cuarto Congreso Internacional de Hispanistas*. Eugenio de Bustos Tovar, coord. Vol. 2, pp. 355-372.
- PALENZUELA, Nilo. 1997. "Unamuno y Borges: disfraces del tiempo". *Cuadernos hispanoamericanos*, nº 565-566, pp. 79-89.
- RABATÉ, COLETTE Y JEAN-CLAUDE. 2009. *Miguel de Unamuno: Biografía*. Madrid, Taurus.
- RODRÍGUEZ MONEGAL, Emir. 1983. *Jorge Luis Borges. Biographie littéraire*. París, Gallimard.
- ROSATO, LAURA Y ÁLVAREZ, GERMÁN. 2010. *Borges, libros y lecturas. Catálogo de la colección Jorge Luis Borges en la Biblioteca Nacional*. Buenos Aires, Biblioteca Nacional.
- UNAMUNO, Miguel de. 1996. *Epistolario americano (1890-1936)*. Salamanca, Ed. Universidad de Salamanca.
- , 1958. *Obras completas*. Manuel García Blanco ed. Madrid, Aguado (10 vol.).
- , 1988 [1905]. *Vida de Don Quijote y Sancho*. Madrid, Cátedra, Letras hispánicas.
- VACCARO, Alejandro. 1996. *Georgie (1899-1930). Una vida de Jorge Luis Borges*. Buenos Aires, Proa / Alberto Casares.
- WILLIAMSON, Edwin. 2006. *Borges. Una vida*. Barcelona, Seix Barral.
- ZANGARA, Irma. 1997. "Primera década del Borges escritor". En *Textos recobrados 1919-1929*. Buenos Aires, Emecé, pp. 399-427.